

## NUESTRO CONTEMPORÁNEO JONATHAN SWIFT

ENRIQUE LUIS REVOL

Ciertamente es un libro para regalar a los niños. Pero también era una de las lecturas preferidas de James Joyce y, cuando uno lee a Kafka, a menudo puede sorprenderse estableciendo equivalencias con los *Viajes de Gulliver*, ¿no es cierto?

El hecho de que Jonathan Swift naciera hace tres siglos, para ser exactos el 30 de noviembre de 1667, en Dublin, sólo hace más asombrosa la tenaz popularidad de su obra maestra como lectura infantil —en ediciones más o menos expurgadas— y, asimismo, su vigencia significativa para el intelecto de hoy. Swift, embanderado en el neo-clacismo de *the Augustan Age*, es aún leído con fruición, en tanto que prácticamente todo el resto del neo-clacismo británico sólo es, las más de las veces, lectura bastante forzada de cursos universitarios o pre-universitarios. Por otra parte, los autores franceses que inspiraron sin lugar a dudas al deán irlandés sus *Viajes*, apenas si son leídos en la actualidad. A Cyrano de Bergerac se lo suele presentar como un mero antecedente de la *ciencia-ficción*. Ni siquiera el genial Rabelais parece muy frecuentado por los lectores de nuestro tiempo. ¿Cómo explicar, pues, la popularidad tan persistente de estos *Viajes*, con sus enanitos y gigantes —ficciones a primera vista muy rudimentarias—; su prolijos equinos parlantes y esa abundancia torrencial de sabios chiflados, de proyectos descabellados?

Por supuesto que ya nadie va a ir a buscar en el mapamundi las tierras de Lilliput, de Brobdingnag, la isla volante de Laputa o el país de los Houyhnhnms. Tal vez sólo los niños muy pequeños

crean ya en enanitos y gigantones. Seguimos las aventuras del protagonista de Swift justamente porque estamos convencidos de que el único cuyas dimensiones cambian, de viaje en viaje, es el propio Lemuel Gulliver. Cada uno de los países que descubre se nos presenta como la exteriorización de una de las actitudes fundamentales que podemos asumir con respecto de los demás; y con respecto de nosotros mismos. De aquí el tremendo poder, la eficacia didáctica incomparable de los *Viajes de Gulliver*.

Por otra parte, casi sólo otra obra existe de una *polivalencia* significativa comparable para el lector de hoy: *Le neveu de Rameau*. Pero Diderot, que como es sabido no era cristiano, a la verdad nada religioso, que no tenía un punto central perfectamente fijo en su pensamiento, se presta demasiado fácilmente a la labor del intérprete, quien sin ingún tropiezo verá en él lo que quiera ver, es decir, se verá a sí mismo. En tanto que en los mismos *Viajes* está incluida bastante claramente —pero no, es cierto, con la claridad excesiva que la haría dejar de ser obra literaria, obra de arte— toda la interpretación necesaria del pensamiento que respalda sus fantasías. Está incluida en esas fantasías mismas, para comenzar en esos grandes símbolos que son Lilliput y Brobdingnag, Laputa y el país de los Houyhnhnms, símbolos tan grandes porque se corresponden bien exactamente con las variedades fundamentales de la experiencia de nuestra especie. En cambio, el sobrino de Rameau, él mismo, es el enano, luego es el gigante, y así sucesivamente; y el *moi*, representación muy parcial de Denis Diderot, es siempre un virtuosismo equino... Ciertamente es que el Diderot *real* está menos posiblemente en el *moi* que en el sobrino descarado, a través del cual el autor se expresa con esa bien poco frecuente sinceridad del hombre que, estando desorientado, así lo dice. Permanece, con todo, el hecho de que una ética sin un más allá lleva necesariamente a la opción —que, en realidad, es un *cul-de-sac*— entre el burgués próspero y pulcro, por una parte, y el genio turbulento y desavenido con el mundo, por la otra.

Pero, ¿no fue acaso Swift, también, uno de esos genios desdichados? Swift, que murió el 19 de octubre de 1745, como se recordará había sido declarado insano más de tres años antes de su muer-

te, en agosto de 1742. La leyenda quiere, además, que pasara esos últimos tres años de vida encadenado, en andrajos y con el cuerpo cubierto de cardenales, sometido a la tiranía de un criado feroz que se le habría puesto por guardián; un criado que, por lo visto, se había tomado muy a pecho las mordientes *Directions to Servants* que el propio Swift escribió hacia 1731.

Y lejos de ser esto todo lo que Swift tuvo que padecer. Muy joven todavía, en 1690, le hace presa una afección que ya no le abandonará nunca. Le aprisiona la sordera, le ronda siempre la náusea y, lo peor de todo, el vértigo le desmorona, vuelta a vuelta. Se trata de una enfermedad de los canales semi-circulares de los oídos — *el síndrome de Ménière*, como le llaman hoy los médicos—, una enfermedad que *no tiene nada que ver con la locura y no se la debe confundir con la decrepitud física y mental que se apoderó de Swift en su vejez*<sup>1</sup>. Pero el vértigo espanta a este doliente; sobre todo le espanta porque lo humilla. A su tiempo, hará que los Houyhnhnms no estén sometidos a *such Imbecillities of Nature*.

Téngase presente que esta víctima de semejante mal —hoy perfectamente curable, dicho sea de paso, mediante cirugía— era, según afirma Ricardo Quintana, que es el mejor conocedor actual de su vida y su obra, nada menos que el portavoz de una sociedad dominante, el portavoz de la aristocracia irlandesa protestante que se enseñoreó del país después de la revolución de 1688. Piénsese en la afrenta a su dignidad, a su posición intelectual eminente, que representaría esa *imbecilidad de la naturaleza*. Considérese el coraje que debería juntar para sobrellevar la dolencia. ¿Cómo no iba a amargarse un poco su carácter? Pero, sólo un poco. Porque desde muy joven actuó sobre él, sin duda, la influencia benéfica de Sir William Temple y su familia, prototipos de una aristocracia de amplias lecturas y muy al tanto de los negocios públicos, *concientes de su posición aristocrática en el mundo, pero igualmente de las realidades niveladoras de la experiencia humana y el cuerpo humano*<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> QUINTANA, Ricardo: *Swift. An Introduction*. Oxford University Press, 1955, p. 3.

<sup>2</sup> QUINTANA, R.: op. cit., p. 5.

En parte con el ejemplo de los Temple aprendió Swift a considerar su propio cuerpo, lo mismo que el de cualquier ser humano, como una carga más bien odiosa aunque inevitable. Y esto contribuye, además, a explicar la complejidad de las relaciones que mantuvo con sus deliciosas amigas Stella y Vanessa. Pues en ellas no sólo interviene el temor del deán a transmitir una enfermedad incurable a la posible descendencia. El matrimonio se le parecería como algo demasiado carnal, cuerpo contra cuerpo, para siempre. *La amistad era más necesaria* —acota Quintana, quien prosigue:

“Stella y Vanessa parecerían haber representado para Swift diferentes aspectos de la experiencia social: Stella, la vida cultivada y decorosa que concordaba con una posición bien definida, y Vanessa... los graciosos estímulos de una *ingénue* y la comedia del mundo tal como ella se la representaba.”<sup>3</sup>

No se trata, entonces, de un caso de misoginia, según se lo ha sostenido tantas veces. Cierto que él escribió:

*His foul imagination links  
Each dame he sees with all her stinks;  
And if unsavoury odors fly,  
Conceives a lady standing by.*

Nótese, sin embargo, este adjetivo *foul* (puerco, inmundo) que aplica a la imaginación de su personaje, por más que ese personaje —para que negarlo— podía ser él mismo en ciertos momentos, en ciertas circunstancias. Este adjetivo condenatorio revela, en realidad, una gran atracción por la belleza física de la mujer; una atracción que, empero, se ve moderada por un intenso sentido de la corrupción de toda carne. Fenómeno psicológico, sin duda; pero que también es menester remontar a una actitud teológica. Pues no se agota el caso, ciertamente, invocando, como lo hizo Phyllis Greenacre, subyugada por el psicoanálisis más miopemente freudiano, una *fijación anal*<sup>4</sup>.

<sup>3</sup> Ibidem. p. 19-20.

<sup>4</sup> GREENACRE, Phyllis: *Jonathan Swift*. En *Art and Psychoanalysis*, edited with an introduction by William Phillips. Criterion Books, New York, 1952, p. 112-135.

Con la sintomática estrechez freudiana, esta autora se expide, por otra parte, en los siguientes términos con respecto de los *Viajes*: *se nos muestran —escribe— como la representación de las fantasías masturbatorias de Lemuel, las que, como el carácter de Swift, están ceñidamente entretreídas con preocupaciones y ambiciones anales*. Pero, por supuesto, con esto no se ha adelantado un solo paso en la comprensión del logro estético y, en cuanto a la interpretación de su contenido, sólo se ha dicho, aunque en términos más pretenciosos, lo que cualquier lector medianamente dotado de la obra puede, quizás, deducir con más modestia por su propia cuenta. Y a decir verdad, el análisis entero que hace Phyllis Greenacre de los *Viajes* trae repetidamente a la memoria la gran aversión que Swift experimentaba hacia la pedantería pseudocientífica. Se ve claramente que esa pedantería, en otras formas acaso más alambicadas pero en el fondo no menos chabacanas o descabelladas, todavía perdura entre nosotros, en esta sombría era que ya merece llamarse la del tecnólogo-masa. Mas no se vaya a pensar que, en sus días, esta aversión fue una singularidad de Swift. Reacción tan saludable ya estaba extendiéndose entre los intelectuales más auténticos a principios del siglo XVIII y de ella participaban entonces incluso quienes eran hombres de ciencia por derecho propio, como el Dr. Arbuthnot<sup>5</sup>, gran amigo de Swift, por otra parte, y entendedor tan cabal de su mérito que la respuesta de él a la princesa de Gales, quien le alababa el ingenio, la “chispa” de su amigo, de algún modo sigue siendo la más alta y justa alabanza de Swift. Pues a la princesa le respondió Arbuthnot: *más que por su ingenio y su buena conversación, le admiro por ser un hombre honrado y sincero, y por decir verdad cuando otros tienen miedo de hacerlo*.

*Yet malice never was his aim;  
He lashed the vice, but spared the name;  
No individual could resent,  
Where thousands equally were meant—*

<sup>5</sup> Cf. QUINTANA, R.: op. cit., p. 37.

según el mismo Swift escribió en los *Verses on the Death of Dr. Swift*, en líneas que hasta hoy constituyen la mejor descripción de su formidable obra satírica. Pero a las cuales conviene añadir, para el mejor entendimiento de esa obra, que en Swift la sátira no tenía nada de gratuita. No procedía, en otras palabras, de un simple impulso psicológico para aliviarse de la ponzoña que llevaría en su interior. Es preciso tener presente que ante los ojos de Swift se desplegaba esa misma sociedad británica de la primera mitad del siglo XVIII que hasta hoy podemos ver pintada en los cuadros de Hogarth; una sociedad que resulta particularmente libertina porque, al mismo tiempo que los holgazanes derrochadores y las celestinas, abundaba en ella una piedad hipócrita y, sobre todo, abundaba la brutalidad. *Probablemente es cierto* —escribe un eminente historiador del período— *que en conjunto hubiera un tono moral nítidamente mejor en los días de la reina Ana que en los de Carlos II, menos vicio y menos desafío abierto a las leyes del decoro y la moderación. Por la otra parte, hubo ciertamente un aumento de brutalidad y tosquedad* <sup>6</sup>. Las décadas siguientes, al despoblarse los campos e iniciarse el desarrollo de las grandes concentraciones urbanas fabriles, llevó hasta el extremo —quién no está familiarizado con esto a través de los historiadores de la Revolución Industrial del siglo XVIII— el derroche de unos y la miseria de otros, así como la brutalidad y la corrupción de casi todos. Debe recordarse, pues, que el deán murió en los umbrales de la primera revolución industrial; y entonces ya no puede dudarse de que él fue su profeta sombrío y exacto. Por más que también es válido sostener, con Sir Herbert Read, que *todo lo que Swift escribió es empírico, vivencial, actual. Es imposible separarlo de las circunstancias; debemos considerar cada libro o folleto en relación con su intención política* <sup>7</sup>. Y he aquí, dicho sea de paso, un ejemplo admirable de cuánto más perdurable es la obra cuyo autor está intensamente preocupado por los problemas, grandes y pequeños, de su propio tiempo.

<sup>6</sup> TURBERVILLE, A. S.: *English Men and Manners in the Eighteenth Century*. Galaxy, New York, 1961, p. 83.

<sup>7</sup> READ, H.: *Swift*. En *Collected Essays in Literary Criticism*, London, Faber & Faber, p. 196.

Pero, ¿no hay algo de insinceridad en la sátira que Swift ejerció con tanta ferocidad contra sus contemporáneos? ¿No estaba él mismo incurso en hipocresía, al no abandonar su ministerio religioso? Porque cierta crítica poco esmerada se ha precipitado a afirmar que el deán perdió su fe desde temprano y que para él su ministerio no pasaba de ser un *modus vivendi* como cualquier otro. Por ejemplo, Sir Herbert Read escribe: . . . *no hay ninguna prueba que demuestre que Swift ingresó a la Iglesia con otro propósito que el cálculo de un oportunista*<sup>8</sup>. Como se ve, de este modo se hace de él una especie de Julien Sorel *avant la lettre*. Sin embargo, contra hipótesis tan temeraria afirma Quintana, con su autoridad indiscutible de especialista:

“Un conocimiento más cabal de Swift, por una parte, y del Anglicanismo, por la otra, no sólo deja fuera de duda su sinceridad sino que revela hasta qué punto muchas de sus actitudes fundamentales fueron las de la Iglesia durante sus años de formación.”<sup>9</sup>

Específicamente sobre el *Tale of a Tub*, la obra a la que se le atribuye la frustración definitiva de la gran carrera eclesiástica que Swift pudo prometerse, pues al parecer su lectura chocó muy violentamente a la Reina, el profesor Quintana escribe:

“Se ha dicho más de una vez que sólo un hombre que era en el fondo indiferente a todas las religiones podía haber escrito la *Historia de una tina*, a tal punto es soez la sátira que en ella esgrime Swift tanto contra el catolicismo como contra los disidentes. Pero, a decir verdad, la *Historia* es una de las exposiciones notables de la *via media*, y si bien su tono es más impertinente y su lenguaje satírico más convincente que el que encontramos en los sermones corrientes de la época, había predicadores . . . que no titubearon en recurrir a la ridiculización y la crueldad.”<sup>10</sup>

Siempre es peligroso, claro está, interpretar a un autor haciendo caso omiso de su contexto socio-cultural; y el peligro se hace más grave todavía cuando al autor se lo considera, aisladamente, a través

<sup>8</sup> READ, H.: op. cit., p. 209.

<sup>9</sup> QUINTANA, R.: op. cit., p. 33.

<sup>10</sup> Ibidem. p. 34.

de una sola de sus obras o de un par de ellas. Quien quiera comprender la significación de Swift debe tener en cuenta, por ejemplo, su patriotismo. El deán puso en peligro su libertad, y quizás hasta su vida para defender los intereses de Irlanda, amenazados por una inescrupulosa política financiera de la metrópolis. Clamó —con más propiedad se diría: aulló— ante el espectáculo de miseria que presentaba el campo irlandés. Y no obstante esto, estaba desilusionado hasta el fondo, de sus compatriotas: *I live in a nation of slaves, who sell themselves for nothing*. Pero, ¿sólo esclavos que se vendían por nada? No; el deán también califica a sus compatriotas de *mendigos, ladrones, opresores, imbéciles y bribones*. Pese a lo cual el espíritu de caridad se le imponía, venciendo sus repugnancias ante el espectáculo que se le ofrecía a la vista. Así, contribuyó con generosidad espléndida a diversas obras que hoy llamaríamos de *asistencia social* y en su testamento dejó una buena tajada de sus bienes, unas siete mil libras, para la erección de St. Patrick's Hospital, destinado a la atención de dementes<sup>11</sup>.

Sin embargo, todo esto se le pasó por alto a George Orwell, en su *Examen de los Viajes de Gulliver*<sup>12</sup>. Para empezar, porque el significado de esta obra no se agota, como lo hubiera querido Orwell, con referencias a las enconadas luchas entre "whigs" y "tories", y a la agitada escena política internacional de la época. Claro que Orwell, por más que alegara su entusiasmo constante desde la infancia por los *Viajes*, no podía ocultar cierta antipatía —que es preciso llamar sectaria— hacia las ideas políticas del deán. Pues en su ensayo de 1946 escribe, por ejemplo: *Políticamente, Swift era una de esas personas que se ven llevadas a una especie de avieso conservadorismo (Toryism) por los desatinos del partido progresista del momento*. Ante lo cual la primera pregunta que despunta en un lector ecuánime es: ¿por qué calificar de *avieso* ese conservadorismo? ¿Acaso ciertos *desatinos* no justifican sobradamente las reacciones, sin

<sup>11</sup> Ibidem, p. 173.

<sup>12</sup> ORWELL, G.: *Politics vs Literature: An Examination of "Gulliver's Travels"*. En *Inside the Whale and Other Essays*. Penguin Books, 1962, p. 121-142.



que haya en éstas nada de malignidad y ni siquiera de irracionalidad, al menos muchas veces? En realidad, quien da bastantes muestras de espíritu avieso, al correr de su ensayo, es el autor de *Nineteen Eighty-Four* —una obra que, cosa bien curiosa, por otra parte se inscribe claramente en la línea de descendencia de los *Viajes*. No es justo, pongo por caso, hacer arrancar las diatribas de Swift contra algunos grandes señores de *el hecho de que pertenecía al partido derrotado*. Orwell, que venía del marxismo aunque luego reaccionó bastante saludablemente contra esa ideología, en algunos aspectos quedó marcado por ella hasta el fin de sus días. Ciertas “premisas” marxistas, como la pretensión de una política *científica*, le impidieron apreciar debidamente las tan previsoras críticas de Swift contra cierto cientificismo y contra las pretensiones de ciertos hombres de ciencia más o menos del mismo tipo de los que se encuentran en la descripción de la academia de Lagado. Con amargura evidente, Orwell consignó que Swift *como era de prever, cree que el lugar del hombre de ciencia, supuesto que haya un lugar para él, está en el laboratorio, y que el conocimiento científico no tiene ninguna relación con las cuestiones políticas*. Pero, lo que Swift escribió efectivamente al respecto tendría que ser aceptado hoy mismo por cualquier hombre de ciencias (físico o humanas) honrado:

“...what I chiefly admired, and thought altogether unaccountable, was the strong Disposition I observed in them towards News and Politicks; perpetually enquiring into publick Affairs, giving their Judgments in Matters of State; and passionately disputing every Inch of a Party Opinion, I have indeed observed the same Disposition among most of the Mathematicians I have known in Europe; although I could never discover the least Analogy between the two Sciences; unless those people suppose, that because the smallest Circle hath as many degrees as the largest, therefore the Regulation and Management of the World require no more Abilites than the handling and turning of a Globe. But, I rather take this Quality to spring from a very common Infirmity of human Nature, inclining us to be more curious and conceited in Matters where we have least Concern, and for which we are least adapted either by Study or Nature.”

Ahora bien, aunque su abandono de las rigideces ideológicas del marxismo no liberó, por lo visto, a Orwell, de cierta veneración

supersticiosa de “lo científico”, al menos lo que había llegado a saber en cuanto a las purgas soviéticas, así por cierto como lo que había experimentado en carne propia en Cataluña durante la guerra española, le permitió reconocer, en cambio, la clarividencia de Swift cuando, en su descripción de la misma academia, pasa a ocuparse de la *escuela de proyectistas políticos*. Realmente, no habría podido ser de otro modo. Swift, en el primer cuarto del siglo XVIII, ha sido capaz, mediante un portentoso esfuerzo imaginativo, de concebir a la perfección el estado policial moderno. Incluso llega a describir una verdadera medicina política, que sin duda es un “ideal” todavía no alcanzado:

“There was a most ingenious Doctor who seemed to be perfectly versed in the whole Nature and System of Government. This illustrious Person had very usefully employed his Studies in finding out effectual Remedies for all Diseases and Corruptions, to which the several Kinds of publick Administration are subject by the Vices or Infirmities of those who govern, as well as by the Licentiousness of those who are to obey.”

Realmente, Swift no se hacía ilusiones en lo tocante a las posibilidades de la naturaleza humana. Y por esto, precisamente, parece bastante válida —aunque, a la verdad, merecería alguna pequeña modificación, cosa que dejaremos de lado por el momento — una de las fórmulas que utiliza Orwell para definirle. *Es —dice Orwell— un anarquista conservador (Tory), que desprecia la autoridad al mismo tiempo que desree de la libertad, y que conserva la perspectiva aristocrática en tanto que percibe claramente que la aristocracia existente está degenerada y es despreciable*<sup>13</sup>. Por supuesto, George Orwell, quien a su modo —aun fuera del marxismo— mantuvo siempre la fe puesta en el “compromiso” del intelectual, no puede entender este doble punto de vista del autor de los *Viajes*, que es tan válido, tan eficaz, hoy mismo como en sus días. Y es esto, justamente, lo que lleva a Orwell a atribuirle a Swift una adhesión total a los Houyhnhnms, esos caballos de un abrumador realismo y

<sup>13</sup> ORWELL, G.: op. cit., p. 133.

de la virtud más necia. *El genio de Swift* —escribe Orwell— *puede hacerlos verosímiles, pero muy pocos habrán sido los lectores en quienes hayan suscitado otro sentimiento que el de aversión*<sup>14</sup>. Así, se recoge la impresión de que no se daba cuenta Orwell de lo siguiente: también Swift se percataría de lo mismo y, por consiguiente, se impone como conclusión de que en la simpatía manifestada por su creación hacia esos racionalísimos equinos hay algo de fingimiento, algo de burla. Como agudamente observa el profesor D. W. Jefferson, en su *Approach to Swift*<sup>15</sup>, los Houyhnhnms *están en un nivel metafísico diferente al del hombre: no hay equivalente de la Caída en su historia*. ¿Cómo podría, pues, el cristiano Swift proponerlos como un modelo de conducta a los hombres? A lo sumo, podrían causarle cierta envidia, esa envidia que el hombre de pensamiento siempre ha sentido ante el sosiego a-histórico del animal.

De hecho, una lectura esmerada de la cuarta parte de los *Viajes* deja la impresión de que también a Jonathan Swift le disgustaban bastante varias características muy principales de sus caballos imaginarios y que, al presentarlos como un modelo, procedía tan irónicamente como, tiempo después, al proponer la transformación de los niños irlandeses indigentes en comestibles. Y he aquí la máxima virtud estilística de nuestro autor: un espíritu tan dolido (y tan rabioso, a veces) que sabe expresarse siempre en el plano literario, con tanta compostura. Esta compostura, claro, desorienta al lector que está habituado a autores explícitamente programáticos, vale decir, "comprometidos".

Así, ¿porque los Houyhnhnms carecieran de todo culto de los muertos es preciso concluir que también el propio Swift descreía del más allá y la desaparición de las personas queridas no le afectaba en absoluto? Es cierto que a propósito de los prudentes y pedantescos equinos él escribe:

"If they can avoid Casualties, they die only of old Age, and are buried in the obscurest Places that can be found, their Friends and

<sup>14</sup> Ibidem. p. 135.

<sup>15</sup> JEFFERSON, D. W.: "An Approach to Swift", en *The Pelican Guide to English Literature*. Vol. 4, p. 230-250. Penguin Books, Harmondsworth, 1957.

Relations expressing neither Joy nor Grief at their Departure; nor does the dying Person discover the least Regret that he is leaving the World, any more than if he were upon returning home from a Visit to one of his Neighbours."

Pero, este es el mismo autor que el 17 de octubre de 1727, esto es, más de un año después de la aparición de los *Viajes*, escribe en las *Prayers for a Sick Person*, cuya destinataria era su vieja amiga Stella:

"Oh God, thou dispensest thy Blessings and thy Punishments, as it becometh infinite Justice and Mercy; and since it was thy Pleasure to afflict her with a long, constant, weakly State of Health, make her truly sensible, that it was for very wise Ends, and was largely made up to her in other Blessings, more valuable and less common."

¿Puede pedirse muestra más aleccionadora de resignación cristiana? Y esto, concediendo que la fe del deán pudo trastabillar más de una vez, sobre todo llevado por la *terrible intensidad* (la expresión es de Orwell) de su visión.

Por otra parte, la visión de Swift se hizo cada vez más intensa, a medida que se profundizaba su sensibilidad para el dolor de los hombres. Tal vez alcanzó su máxima intensidad en 1729, año en que aparece *A Modest Proposal For Preventing the Children of Poor People in Ireland, from Being a Burden to their Parents or Country: and for Making them Beneficial to the Publick*; 1729, año terrible de miseria para una enorme mayoría de irlandeses, tenía que ser el año en que Swift compusiera su escrito más terrible:

"It is a melancholy Object to those, who stalk through this great Town, or travel in the Country; when they see the *Streets*, the *Roads*, and *Cabbins-doors* crowded with Beggars of the Female Sex, followed by three, four, or six Children, *all in rags*, and importuning every Passenger for an Alms."

Así comienza la canibalesca propuesta del ciudadano filantrópico que, como desde un comienzo queda bien en claro, aspira, a lo sumo, a ser consagrado en un momento *for a Preserver of the Nation*, por más que al final de su escrito afirmará con la hipocresía que en esos

casos es de regla que *in the Sincerity of my Heart . . . I have not the least personal Interest, in endeavouring to promote this necessary Work*. La impavidez con que este buen ciudadano expone su plan horripilante hace de la *Proposal* una pieza literaria tal que ni siquiera en Sade se encontrará una muestra más acabada de frialdad racionalista en la presentación del crimen monstruoso:

"I have been assured [escribe el burgués de juicio ponderado, cuya máscara asume el deán] by a very knowing *American* of my Acquaintance in *London*, that a young healthy Child, well nursed, is, at a Year old, a most delicious, nourishing, and wholesome Food; whether *Stewed, Roasted, Baked, or Boiled*; and I make no doubt, that it will equally serve in a *Fricasie, or Ragoust*.

I do therefore humbly offer it to *publick Consideration*, that of the Hundred and Twenty Thousand Children, already computed, Twenty Thousand may be reserved for Breed; whereof only one Fourth Part to be Males; which is more than we allow to *Sheep, black Cattle, or Swine*; and my Reason is, that these Children are seldom the Fruits of Marriage, a *Circumstance not much regarded by our Savages*; therefore, *one Male* will be sufficient to serve *four Females*. That the remaining Hundred thousand may, at a Year old, be offered in Sale to the *Persons of Quality and Fortune*, through the Kingdom; always advising the Mother to let them suck plentifully in the last Month, so as to render them plump, and fat for a good Table. A Child will make two Dishes at an Entertainment for Friends; and when the Family dines alone, the fore or hind Quarter will make a reasonable Dish; and seasoned with a little Pepper or Salt, will be very good Boiled on the Fourth Day, especially in Winter."

Como el profesor David Daiches observa, uno de los artificios favoritos de Swift fue siempre *asumir un papel, pretender ser alguien muy diferente de la persona que realmente era y hablar muy seriamente con la voz de esa persona*<sup>16</sup>. Y la distancia máxima que separa al deán caricativo y el buen burgués satisfecho de su ingeniosa ocurrencia crea una tensión irónica tal que la *Proposal* perdura, más allá de cualquier contingencia socio-económica, como una mues-

<sup>16</sup> DAICHES, D.: *A Critical History of English Literature*. Vol. 2, London, Secker & Warburg, 1963, p. 610.

tra suprema de la inteligencia literaria aplicada a la tarea de evidenciar el mal.

Tantas injusticias en torno suyo, a más de las descargadas directamente contra él, habían terminado por impacientarlo hasta el borde de la desesperación. Pero, sólo hasta el borde. Cuando se dejara arrastrar al fondo turbio de la desesperación —y sin duda él tenía conciencia de esto—, se hundiría para siempre en la locura. En ese año insufrible de 1729, el deán conservaba todavía la fuerza suficiente para asumir la máscara de ciudadano-de-juicio-ponderado, para revelar lo que había en la trastienda de esa “buena conciencia”, y retomar en seguida su propia razón y su propia fe. En otras palabras: he aquí, con la composición de la *Proposal*, la actitud específica del “clero” realmente probo. Y la verdad es que la misma necesidad de gran parte de la interpretación hecha por Orwell habría, sin duda, reforzado en Swift su creencia implícita de que un mundo democráticamente gobernado por razonadores “científicos” sería un mundo de desmanes cometidos por espíritus egoístas y obtusos o, mejor dicho, por un generalizado espíritu obtuso de egoísmo. *Swift* —en un párrafo de Orwell del que sólo he citado más arriba una expresión— *no poseía la sabiduría común, pero poseía una terrible intensidad de visión, capaz de escoger una sola verdad oculta y en seguida magnificarla y deformarla*. Pero, Orwell no se percató de que justamente por eso Swift resulta el antagonista perfecto de estos siglos modernos que, por su parte, también han *escogido una sola verdad oculta*, magnificándola asimismo y —¡de qué modo!— deformándola.

Como sus maestros franceses en el arte de la ficción, como Rabelais y Cyrano de Bergerac, tampoco Swift fue ese artista “puro” —si es que, en realidad, lo hay— que al hacer ficción se contenta con eso, la ficción, y nada más. Es evidente que en los *Viajes*, estupenda cantera de ideas, muchas de ellas actualísimas según ya hemos visto, hay una base importante de pensamiento político-social. Pero, como bien dice Maurice Blanchot, tratando el caso de Bergerac, *les idées sont rarement satisfaites des exposés précis qu'on fait d'elles. Elles*

*aspirent passionnément à la fiction, elles ont besoin de rentrer dans le monde*<sup>17</sup>.

Ahora bien, las ideas que el deán devuelve al mundo por intermedio de las aventuras fantásticas de Lemuel Gulliver son, fundamentalmente, las mismas que en fechas bastantes recientes han expuesto en sus *utopías anti-utópicas* —no creo que se encuentre mejor modo de designarlas— autores como el ruso Zamiatin y los ingleses Aldous Huxley y Orwell. Estos escriben después de la implantación del régimen bolchevique en Rusia, cuando ya impera la cadena de montaje en la actividad fabril, mientras la propaganda estatal o la publicidad comercial inundan de conformismo los espíritus y, por tanto, sus sombrías predicciones sólo lo son a medias. Más que profetas, ya son testigos. Swift es, por cierto, mucho más profético, en particular cuando anuncia los actuales excesos científicos y sobre todo tecnológicos; pero también lo es cuando —como señaló certeramente Jean Servier —*trouve la sagesse dans l'image rassurante du passé*<sup>18</sup>. ¿Acaso hoy mismo no indica un Claude Lévi-Strauss, con su bagaje inmenso de saber antropológico, el momento más feliz de nuestra especie en el período neolítico? Pues bien: el neolítico, en Swift, está representado por los antepasados de los todavía —en el momento de visitarlos Gulliver— prudentes gigantes de Brobdingnac —los cuales, cosa que Orwell no vio, representan, en vez de los equinos Houyhnhnms, el ideal de organización humana propuesto por Swift. Y si estos gigantes desmesurados aún son prudentes, esto se debe, ante todo, a su mesura para aprovechar los dones que poseen (*They have had the Art of Printing, as well as the Chinese, Time out of Mind. But their Libraries are not very large*) y, más importante todavía, a su deseo de mantener en todo una medida moderada, *una medida realmente humana*, de poder:

“A strange Effect of *narrow Principles* and *short Views!* that a Prince possessed of every Quality which procures Veneration, Love and Esteem; of strong parts, great Wisdom and profound Learning; endued

<sup>17</sup> BLANCHOT, M.: “Cyrano de Bergerac”. En *Tableau de la littérature française de Rutebeuf à Descartes*. p. 558-565.

<sup>18</sup> SERVIER, J.: *Histoire de l'Utopie*. Gallimard, Paris, 1966, p. 183.

with admirable Talents for Government and almost adored by his Subjects; should from a *nice unnecessary Scruple*, where of in Europe we can have no Conception, let slip an Opportunity put into his Hands, that would have made him absolute Master of the Lives, the Liberties, and the Fortunes of his People. Neither do I say this with the least Intention to detract from the many Virtues of that excellent King; whose Character I am sensible will on this Account be very much lessened in the Opinion of an *English Reader*: But, I take this Defect among them to have risen from their Ignorance; by not having hitherto reduced *Politicks* into a *Science*, as the more acute Wits of Europe have done. For, I remember very well, in a Discourse one day with the King; when I happened to say, there were several thousand Books among us written upon the Art of Government; it gave him (directly contrary to my Intention) a very mean Opinion of our Understanding. He professed both to abominate and despise all *Mystery, Refinement, and Intrigue*, either in a Prince or a Minister. He could not tell what I meant by *Secrets of State*, where an Enemy or some Rival Nation were not in the case. He confined the Knowledge of governing within very *narrow Bounds*; to common Sense and Reason, to Justice and Lenity, to the Speedy Determination of Civil and Criminal Causes; with some other obvious Topicks which are not worth considering. And, he gave it for his Opinion; that whoever could make two Ears of Corn, or two Blades of Grass to grow upon a Spot of Ground where only one grew before; would deserve better of Mankind, and do more essential Service to his Country, than the whole Race of Politicians put together.

The Learning of this People is very defective; consisting only in Morality, History, Poetry and Mathematicks; wherein they must be allowed to excel. But, the last of these is wholly applied to what may be useful in Life; to the Improvement of Agriculture and all mechanical Arts; so that among us it would be little esteemed. And as to Ideas, Entities, Abstractions and Transcendentals, I could never drive the least Conception into their Heads.

No Law of that Country must exceed in Words the Number of Letters in their Alphabet, which consists only of two and twenty. But indeed, few of them extend even to that Length. They are expressed in the most plain and simple Terms, wherein those people are not Mercurial enough to discover above one Interpretation. And, to write a Comment upon any Law, is a capital Crime."

¡Qué contraste con la época de Swift! *L'age classique enferme* —



resume Michel Foucault<sup>19</sup>. Y, como también indica este autor, con *una misma sensibilidad* descubre al hijo pródigo y al demente, con *un mismo gesto* aparta al padre disipador y al incapacitado por insania. Como el propio deán lo experimentará —y, como ya se ha visto, del modo más amargo posible, según quiere una versión— durante sus tres últimos años de vida. Pero, ¿qué factor oprobioso pudo ejercer la acción tremenda que sin lugar a dudas era necesaria para agrietar los cimientos de una inteligencia tan robusta y tan crítica? No se trata de emprender ahora una indagación psiquiátrica, una de esas sospechosas aventuras monográficas como tantas que se han visto en los últimos tiempos, las cuales tal vez resulten de provecho cuando se trata de ganar un doctorado en medicina pero que, a decir verdad, no explican mucho sobre la bancarrota mental del genio. Al formular esta pregunta sólo quiero, por mi parte, señalar que la respuesta está dada de antemano, al hablar de la inteligencia tan robusta, esto es, *tan clásica*, al mismo tiempo que tan crítica, esto es, *tan moderna* de Swift. Gusto de la época y gusto propio, le indicaban al gran irlandés la robustez clásica como ideal. Desventuras históricas de su pueblo y desventuras privadas, pero sin duda mucho más las primeras en este escritor que había llegado a ser el portavoz de una aristocracia dominante, desventuras grandes y pequeñas —¡hasta el síndrome de Ménière puede hacerse intervenir aquí! —le inclinaban irresistiblemente a una crítica encarnizada de instituciones y costumbres. Siempre supo lo que encontró repetido en las *Máximas* de La Rochefoucauld, quien era su autor favorito: que *On n'est jamais si heureux ni si malheureux qu'on s' imagine*. Pero el vertiginoso desnivel entre su ideal de tersura lozana y la necesidad de virulencia implacable terminó por vencer su inteligencia muy robusta... y tan crítica. Es un poco, si se quiere, la historia de Hamlet. La razón misma le llevó a la sinrazón. Porque, como lo expone admirablemente el etnólogo Jean Cazeneuve, llega un momento en que sólo son posibles dos soluciones: *Ou bien rester sur le plan de l'intellect pur et faire un aveu d'impuissance devant le contradictions du monde*

---

<sup>19</sup> FOUCAULT, M.: *Histoire de la folie à l'Age classique*. Plon, Paris, 1964, p. 82,

*et les absurdités de la condition humaine... Ou bien reconnaître que nous ne sommes pas pure intelligence, et que, sur un mode qui, à défaut d'être mystique, pourrait être, si l'on veut, poétique, certaines images nous font oublier la contradiction et l'absurdité*<sup>20</sup>. Pero, la imagen semi-paradisíaca de los gigantes de Brobdingnac distaba excesivamente de la realidad histórica irlandesa en la primera mitad del siglo XVIII (y más, dicho sea de paso, distaría todavía en el siglo siguiente, y Swift, sin duda, preveía esto) para actuar sobre él como un símbolo arquetípico, permitiéndole, como también expresa Cazeneuve, *réaliser une salutaire unité de tout notre être, sur le plan affectif, aussi bien dans l'espérance que dans la nostalgie*.

\* \* \*

Patriota fervoroso en su vida pública, gentil y caricativo en privado, ¿era Swift, en realidad, tan pesimista como a menudo lo creen quienes de sus escritos sólo practican la más superficial de las lecturas? Más bien, habría que pensar que, con los datos que le proporcionaba su entorno elaboraba, mediante pasmosa capacidad deductiva, una imagen bastante fiel de los tiempos que se avecinaban. Claro, si él hubiera participado, como sus coetáneos más "modernos", de la incipiente fe en el progreso, otra hubiera sido su visión. Pero, a Swift, cuando el racionalismo optimista inicia su formidable labor de zapa de las instituciones tradicionales (en las que, por supuesto, era mucho lo que él, con todo, apreciaba) se le presentan idealmente diversos modelos de las aberraciones con que el "espíritu nuevo" aterrará los siglos siguientes.

*For here he owns that now and then  
Beasts may degenerate into men—*

escribe, quince años antes de su muerte, en *The Beasts' Confession*. Ahora bien, este Swift casi obsesivamente preocupado por los aspectos bestiales en la naturaleza humana, parece saber ya, mucho antes

<sup>20</sup> CAZENEUVE, J.: *Bonheur et civilisation*. Gallimard, Paris, 1966, p. 72.

de Nietzsche y de la coincidente teoría antropológica sobre el origen neoténico del *Homo sapiens*, que el hombre es "el animal no fijado", y —más importante todavía— que cualesquiera "fijaciones" del hombre en estos o aquellos de sus rasgos específicos sólo pueden generar, tanto en el plano de las puras ideas como en el de la realidad histórica, verdaderas aberraciones, faunas teratológicas compuestas exclusivamente por abortos de humanidad.

Ni en la realidad circundante ni en las nuevas tendencias de pensamiento que en su tiempo se están abriendo paso puede encontrar el deán algo equivalente a la exacta desnudez de su escritura. Le había sido muy fácil enunciar una *genuina definición de estilo*, a saber, *las palabras adecuadas en los lugares adecuados*. Su severa economía verbal ejemplificaría magistralmente esta noción, por otra parte. Pero todo su entorno la ponía en peligro, con la desfachatez de sus acciones, lo descabellado de sus concepciones y la iniquidad de los resultados, que por cierto se prolongan hasta hoy mismo. A su *clasicismo natural*, para retomar una acertada expresión de Sir Herbert Read, se sometió literariamente, es cierto, el sombrío entorno. Pero la realidad, en sí, continuó igualmente sombría y, por tanto, planteándole agobiadores problemas a este *idealista nato*, como le llamó con razón Charles Whibley.

Al respecto, parecería que la crítica actual sólo podría reprocharle no haber sabido aprovechar esa distinción que ya desde 1651 había establecido Pascal en su *Traité du vide*, en virtud de la cual la noción de progreso se limitaría al campo de las ciencias físico-naturales. Pero, claro está, hay que reconocer que con su dejo de saber académico de Laputa, el solo título de dicha obra hubiera ahuyentado al deán. Además, ¿acaso no es cierto que el historiador y el crítico han de admitir que esa distinción carece aún hoy y en absoluto, de vigencia colectiva?

En su muy hermosa pieza de teatro *The Words upon the Window-pane* (1934), William Butler Yeats le hace decir a uno de sus personajes: *Swift fue el principal representante del intelecto de su época, ese intelecto arrogante que por fin estaba libre de supersticiones. Previó su colapso. Previó la Democracia, tiene que haber temido el futuro. ¿Se negó a procrear hijos en razón de ese miedo?*

¿Estaba loco Swift? ¿O era el propio intelecto lo que estaba loco? <sup>21</sup>. Estos interrogantes formulados por uno de los más grandes poetas de este siglo me movieron a escribir las páginas que preceden. Ahora, llegado al final, me doy cuenta de que, con sus jeroglíficos propios, toda nuestra época, con su densa mezcla de refinamiento y tosquedad, responde oscuramente a ellos. La grandeza de Swift, muerto en 1745, sólo puede justipreciarse cuando se considera que tanto su vida como su obra, su *caso* entero, los plantean en los albores de la época propiamente moderna. Pues bien, claro está, estos mismos interrogantes, a lo sumo con mínimas variantes, pueden formularse con respecto a la situación de la inteligencia en conjunto en el mundo de hoy.

Córdoba (R. Argentina)

Junio de 1968.

---

<sup>21</sup> YEATS, W. B.: "The Words upon the Window-pane". En *The Collected Plays of...* Macmillan, London, 1952, p. 595-617. Véase también la "Introduction" a esta obra, recientemente reimpressa en Yeats, W. B.: *Selected Prose*. Macmillan, London, 1964, p. 212-234.